

*La habitación blanca*

**Jonathan Gómez Narros**

Tumbado en el suelo, miraba fijamente el techo. Había decidido no moverse en protesta por su encierro en aquella maldita habitación blanca y desprovista de vida. Había retirado a una esquina el incómodo camastro y puesto encima la mesita de madera pintada en blanco, tan inservible como odiada...

Se estiró todo lo que pudo en el frío suelo de losetas blancas. Abrió los brazos como los crucificados, pero sin clavos ni palos... Tan solo esa maldita frialdad, que le incrementaba la crispación.

Sonrió.

El único capricho que se permitió fue un vaso de cristal con agua. Un agua límpida y transparente, como a él le gustaba. Se trataba de su última petición, como si fuera un reo condenado a muerte, experiencia que tanto anhelaba... Todo por haber seguido su raciocinio y hacer lo correcto...

Cerró los ojos, intentando canalizar en un mismo sentido su furia interior y el frío exterior...

Imposible.

Se ponía nervioso.

Tiritaba.

Echó un vistazo al vaso, seguía ahí...

Desde su posición vio cómo el contenido del vaso empezaba a crear ondas. Creyó adivinar una silueta femenina que surgía del líquido elemento. La conocía, estaba seguro...

Cerró los ojos.

Todo le daba vueltas...

\*\*\*\*\*

Recuerdo perfectamente la tristeza que desprendía la casa. Recuerdo mi respiración alterada delante de su puerta. Recuerdo que ella no me abrió...

“¿Cómo puedes hacerme esto?” Repetía entre dientes, furioso, incontrolable.

Decidí volver más tarde y vengarme... Esa idea me perseguía, me atormentaba... Nadie se ríe de mí, nadie. Nadie me abandona. Nadie me ningunea... Nadie.

Con la cabeza bullendo de diversas ideas, abandoné la casa. Esperando volver pronto...

\*\*\*\*\*

Surgía del vaso como Venus, emergente del mar. Era una preciosidad. Tal y como él la recordaba. Su pelo largo y castaño; su piel tersa y blanquecina; su sempiterna sonrisa, adornando aquellos carnosos labios que él tan bien conocía... En sus ojos verdosos logró ver un brillo de tristeza y de reproche... Eso le inquietó, pero siguió sonriéndole, ansioso de poder tocarla, amarla... Deseoso, en fin, de que todo volviese a ser como antes...

La figura siguió creciendo ante sus ojos. Poderosa, como siempre había sido... El vaso explotó en mil pedazos a causa del ser tan perfecto que había surgido de él, dejando tras de sí un reguero de agua y una estela de cristales...

Podía admirar de nuevo su cuerpo, cubierto por un finísimo vestido de tul blanco, tan joven, con sus curvas y su piel sedosa, que tanto anhelaba tocar...

Intentó levantarse.

No podía.

Se sentía tan extrañamente cansado...

La mujer se puso de espaldas a él, que seguía crucificado en el suelo, como si estuviese reflexionando qué hacer... Se peinó el pelo con los dedos. Le gustaba tanto ese gesto..., le enloquecía... Seguía impávida, de pie, como si nadie compartiera el mismo espacio con ella, como si él nunca hubiera existido... Eso era lo que más odiaba, su indiferencia hacia él. ¿Por qué lo hacía? ¿No se daba cuenta de que le iba a ocurrir lo mismo, que tendría que volverle a enseñar la lección? La boca se le empezaba a secar. Necesitaba beber agua. Se dio cuenta de que el vaso había desaparecido...

\*\*\*\*\*

En la habitación hacía un calor sofocante. Ya había pasado todo. Me sentía tranquilo, feliz, sabedor de que había hecho algo bueno, que le había ayudado a avanzar... La miraba. No sabía si reír o llorar. Parecía un ángel, una escultura marmórea bellísima, una estatua de hielo, tallada con sumo cuidado...

El espejo de la habitación reflejaba la escena. No lo pude soportar más. Salí del cuarto llorando y sangrando, tras romper, de un puñetazo, el cristal, que me inculpaba... Las sirenas sonaban a lo lejos, aunque se iban acercando poco a poco. Algo en mi cabeza, en lo más recóndito, me decía que tenía que huir. Pero no podía dejarla sola... Era toda mi vida y ahora estaba dormida...

Por mi culpa...

Mi parte racional tiró de mi cuerpo y me sacó de allí, justo cuando la policía subía al piso de aquel ser que me había abandonado...

Ya no la volvería a ver más...

Pasaron semanas hasta que me pude volver a mirar a un espejo. No podía soportar la negrura fija de mis ojos... Algo se removía en mi interior. Mi parte cuerda se moría sin que pudiera hacer nada por salvarla... ¿Habría hecho algo malo? ¿Habría asesinado sin piedad? ¿Habría sido capaz?

Cuando me observé en el espejo me di cuenta de la cruda realidad... Sus ojos me miraban, su fino dedo me señalaba, su angelical calavera me lo confirmaba...

La había asfixiado...

El mundo se me venía abajo por momentos delante de aquel espejo y de su mirada penetrante, que me perseguía allí donde iba...

\*\*\*\*\*

“Si eres una fantasía, ¿por qué me estás matando tan lentamente?” – gritaba - ¡Déjame vivir, por favor! Aunque yo pensara aquel día que te ayudaba, no era así... No sólo te asfixié a ti, sino que me condené a mí... ¿No ves que te sigo amando? Date la vuelta. Mírame y créeme...

Los ojos se le cerraban.

Sentía cómo multitud de agujas le atravesaban el brazo, cómo le cercenaban la carne y se introducían en su cuerpo... Y ella seguía ahí, de espaldas. Sin querer mirarle a la cara por última vez... Un ser tan cálido como ella le estaba matando de frío. Su helador desdén contrastaba con el deseo que tanto le provocaba. Quería verle de nuevo la cara, esos ojos, sus labios...

Quería dormir eternamente.

Sintió cómo un líquido espeso rodaba por sus muñecas, formando un charco rojo a su alrededor; sentía cómo el alma se separaba lentamente de su cuerpo... Comenzó a sentir la frialdad de la mujer, que se acercaba...

Oscuridad.

\*\*\*\*\*

Con mucho esfuerzo, logré abrir los ojos y, al fin, pude verla de frente. Su gesto se iba endureciendo al acercarse a mí.

Había maldad en sus ojos. Y venganza.

Su boca se torcía en una mueca horripilante.

Se acercó y me susurró con la suavidad que tan bien conocía: “Es la hora. Ven conmigo...”

\*\*\*\*\*

La escena al entrar en aquella habitación era dantesca. La mujer se encontró con el joven cuerpo de aquel muchacho, desfigurado por múltiples cortes de cristal, con las muñecas desgarradas brutalmente, que emanaban aún un reguero sanguinolento y con una sonrisa de satisfacción en la cara. Eso era lo que más pavor había dado a la experta enfermera, que salió corriendo en busca del doctor jefe, que esa noche se encontraba de guardia.

- Al paciente de la habitación blanca nunca se le diagnosticó ningún desequilibrio grave ni se le detectó ninguna tendencia suicida –se excusaba, alterada, la enfermera – por ese motivo se le permitió tener un vaso de cristal en la habitación... Era lo único que ingería: agua. Desde hace dos días se había negado a comer y se pasaba el día tumbado en el suelo, con los brazos en cruz, pidiendo perdón, a gritos, por lo que hizo... Pero jamás cogió el vaso ni lo rompió para autolesionarse. Lo teníamos muy bien vigilado en la sección desde que saltaron las primeras alarmas... No sé qué ha podido pasar... La voz de la mujer se quebró. Se tapó la cara con las manos y no dejaba de repetir “no me lo podré perdonar en la vida. Se ha suicidado delante de mí...”

El doctor intentó calmarla:

- Todos cometimos un error desde el principio. Nos hizo creer que estaba mentalmente sano, que sólo tenía depresión. Estos escritoruchos son así, se creen que pueden llegar al hospital e internarse debido a que no saben asimilar la fama de uno de sus librillos que consume la sociedad como borregos... Ni que fuera a ganar el Nobel... Al margen de esto, hay algo que la policía me pidió que mantuviese en secreto... - se calló por un momento, sopesando si confiar en su inestable y chismosa interlocutora aquella información que, desde la llegada de aquel esperpéntico novelista al centro, conocía y repensaba, creándole un agujero en el pecho. Al oír esto, la oronda enfermera dejó de hipar, interesada en lo que le tendría que desvelar el doctor – No están seguros, pero creen que nuestro paciente estuvo delante en el momento en que su pareja murió, víctima de un ataque al corazón... y reflejó de una manera caótica en su best-seller. Ese dato me lleva a plantearme si el suicida no se creó una “versión paralela” de los hechos, creyéndose su propia novela... Quizás por una discusión previa o por algo que desconocemos... La cuestión es que su obsesión por la muerte de su amada le llevó a imaginarse, dentro de la habitación blanca, la presencia de esta chica, incitándole al suicidio...

- Pero entonces – comenzó a preguntar la enfermera, aliviada de que la muerte no recayera sobre su conciencia - ¿cómo consiguió hacernos creer que sólo estaba deprimido?

- Querida, ese fue nuestro mayor fallo al no darnos cuenta... Su mente debió bloquear el recuerdo del momento en que él creyó haber asesinado a su pareja y llegó aquí, pidiendo ayuda psicológica, escudándose en su sobrevenida fama de nuevo mesías de las letras... Pero algo desbloqueó ese recuerdo... Quizá el vaso de cristal, no lo sé... Y eso causó que empezara a delirar y a sentirse muy culpable por algo que, en realidad, no había hecho...

El silencio se hizo en el pequeño despacho. Los dos se miraron fijamente a los ojos, coincidiendo en la fragilidad de la mente humana.

Una corriente fría les sacó de su ensimismamiento. Ella comenzó a llorar y él, nervioso, estrelló contra el suelo el vaso de agua, que tenía encima de la mesa...